31761 06678018 0

RIEF
QC
0615

DOCTOR TEODORO VARELA

CARLOS PELLEGRINI

TRABAJO PREMIADO
EN LOS JUEGOS FLORALES DE SALTA

BUENOS AIRES

LIBRERÍA É IMPRENTA EUROPEA DE M. A. ROSAS, PERÚ 143

1913

DOCTOR TEODORO VARELA

CARLOS PELLEGRINI

TRABAJO PREMIADO
EN LOS JUEGOS FLORALES DE SALTA

BUENOS AIRES

LIBRERÍA É IMPRENTA EUROPEA DE M. A. ROSAS, PERÚ 143

1913

LIBRARY
NOV 13 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

BRIEF
PQC
0000615

DOS PALABRAS

El segundo tema del certamen se titulaba: «Carlos Pellegrini»—su elogio.

Muéveme á la publicación de este trabajo, la admiración que he tenido por el doctor Pellegrini; el deseo de que nuestros hombres públicos sean estudiados desapasionadamente; y el respeto que me merece el juicio del jurado que lo ha consagrado.

TEODORO VARELA [1]

(1) Este trabajo fué suscrito con el seudónimo Excelle, et tu vibras!

CARLOS PELLEGRINI

I

Era yo jóven cuando le escuché por primera vez; sin embargo, aún persisten, en mis recuerdos, los rasgos más salientes de su discurso.

Existía, entónces, en el público, la costumbre de asistir á las audiencias designadas para que tuvieran lugar los informes *in voce* que los abogados debían pronunciar delante de los tribunales superiores. Constituía, esto, una escuela que enseñaba tanto, como las mismas cátedras de la Universidad, porque les presentaba la ocasión de poner de manifiesto la erudición, la lucidez del talento, la experiencia,

y la pericia que tenían en la dirección de los negocios que se les había confiado. Se atraía, así, una concurrencia tan numerosa como selecta, que no carecía de espíritu sutil, y, algunas veces, de frases cáusticas ó burlonas, mantenidas por una opinión bien informada, que iba á tomar en consideración las demostraciones que se hacían; juzgaba de la ilustración, de la elocuencia, y del biendecir de los abogados, y, en muchos casos, desde ese momento, los consagraba con los honores de la fama.

Aquel día discutió la ineficacia del fallo del juez de primera instancia. Lo hizo con altura, como era hábito en esa época, atribuyendo el error, no á la falta de capacidad en el juez, sino á la revolución que nuestro Código había introducido con disposiciones y doctrinas que no habían tenido tiempo de ser estudiadas al amparo de la crítica jurídica. Su discurso fué sereno, reflexivo, metódico, sin lugares comunes, ni redundancias; modelado en el pleno conocimiento del derecho antiguo y del moderno, revelando el dominio completo de la legislación comparada, y

el de un juicio que venía informado en la razón de la ley. Su raciocinio fué franco, sincero, sin imágenes literarias, pero completo y encerrado en principios tan lógicos, que constituían, puede decirse, un círculo de fierro, y se asemejaban á la acción del operador, cuando pone al descubierto la sección que pretende revelar.

El éxito fué completo, y el fallo revocado.

Fué, con este motivo, que lo conocí: era entonces, de alta estatura, bien plantado, de fisonomía franca, de mirada tranquila pero interrogadora, de frente espaciosa surcado por arrugas prematuras, de pelo lacio, de bigotes profundos, de voz metálica pero de timbre sonoro y armonioso, de ademán tranquilo, de temperamento ni apático, ni nervioso, pero revelador de un espíritu ágil, de un pensamiento rápido, y de un cerebro poderoso: su frase era límpida y correcta, su pensamiento completo, conteniendo, algunas veces, una sátira tan ligera y velada que casi no se hacía perceptible, pero que, notada, impresionaba y obligaba á pensar en ella.

Tal se me presentó ese día; y las manifestaciones de su talento me impresionaron en tan alto grado, que puedo decir, con propiedad, se grabaron en mi memoria, y aun cuando esa acción está lejana, subsiste en mí el eco de su palabra y la irradiación de sus ideas, y desde entonces, de lejos ó de cerca siempre mi observación le ha seguido, buscando aquilatar el valor de esa inteligencia tan severa como real.

Si se hubiera movido, exclusivamente en el círculo de la abogacía, hubiera llegado á ser uno de los primeros abogados de América, porque tenía para ello la serenidad en la apreciación y la exactitud en el juicio.

Al pensamiento humano no siempre le es posible fijar rumbos definidos; aguijoneado por las circunstancias de la vida, se mueve en diversos sentidos, se desvía de su centro, pretende diversificar las ideas, y concluye por no tener tiempo de condensarlas. Es lo que le ha pasado á ese talento que se difundió en la prensa, en la tribuna, en la legislación, en las co-

rrientes populares, en los consejos de Estado, dominando en todas partes, pero. sin concretarse en un ideal único para llevarlo á su desarrollo completo.

Las democracias, movibles como son, parece infundieran este movimiento á todo lo que las rodea; y los hombres superiores que actúan en ellas, comparten insensiblemente con su pensamiento, este mismo desenvolvimiento.

La libertad, la igualdad, el gobierno propio son conceptos tan generales, que para precisarlos en la vida práctica, conformándolos con las reglas que deben informar un verdadero gobierno democrático, presentan la característica de los problemas difíciles, y no es permitido á todos los hombres abarcarlos con su concepto ó realizarlos con su juicío; de allí la necesidad de estas intelectualidades superiores y dominantes, con capacidad suficiente para comprender el mecanismo del gobierno republicano, organizarlo y darle la vida práctica que acentúa su virtualidad.

Parece tarea muy fácil la de encaminar á los pueblos en la realización de un go-

bierno que nazca de la opinión popular, se mantenga por ella y sea la resultante de sus esfuerzos y de sus sacrificios: pero cuando se llega á lo positivo, el pensamiento vacila, el juicio se encuentra indeciso, y recien, entonces, aprecia y comprende sus dificultades.

El también ensayó dirigir su intelectualidad en ese sentido, y si bien no llegó á la cumbre, porque le faltó la vida, ni tuvo tiempo de ejercitar la plenitud de su juicio y de su experiencia, no puede decirse que nada fecundo hizo, porque su inteligencia contribuyó, en primera línea, en la formación de leyes que aseguraron el progreso de la Nación, dieron estabilidad á su crédito y eficacia á su gobierno, é impulsó las medidas tendientes á encarrilar las fuerzas populares en el sentido de llegar á ser, en el futuro, la base de estabilidad de todo gobierno constituído, y su acción pensante y dirigente.

II

No era un tribuno popular: su elocuencia no tiene los arranques que sublevan las pasiones, ni es tan impetuosa que presente las perspectivas del torrente que arrastra hasta el limo en su corriente; ni tan arrebatadora que entusiasme las masas populares y las lleve allí donde lo quiere su acción; es la de un pensador, de un reflexivo que ha recibido el don de comprender las dificultades y de allanarlas; por eso su oratoria se asemeja á esa lluvia suave y tranquila que penetra y fertiliza la tierra; es razonadora con esa fuerza natural que no se acomoda á los artificios literarios, y con su lenguaje sencillo y sincero, nos hace ver y comprender lo más puro y lo más sano que concibe una inteligencia fortalecida por el estudio y emancipada por la reflexión.

Espíritu equilibrado, grande sin esfuer-

zos, vigoroso sin afectar la fuerza, elegante sin rebuscamiento, con carácter propio para definir su actuación, libre, igual, dueño de sí mismo, percibiendo la verdad y emitiéndola como la recibe, manifestándola en términos ora simples, ora compuestos, semejantes á focos luminosos, que unas veces iluminan y otras deslumbran; con una razón fina y elevada, una imaginación poderosa, una fisonomía propia, y un amor á la verdad y á la belleza expresado con elegancia, sello imborrable, de un espíritu selecto.

Es difícil, cuando la acción es dilatada y diversa, penetrar en el pensamiento de los hombres superiores; ver, desapasionadamente á traves de lo que han hecho ó escrito, el designio con que lo hicieron, y entrar, por decirlo así, en su confidencia y en su secreto. Pero, en este caso, en que su actuación ha pasado delante de nuestros ojos, en que, alguna vez hemos participado de ella, recibiendo sus inspiraciones y confrontando sus bondades, en que sus pensamientos, sus ideas, sus reflexiones, sus consejos, y, hasta sus

errores, llegan á nuestra conciencia con la claridad con que lo hace la luz á nuestros ojos y el sonido á nuestro oido, imposible es dejar de sentir y percibir su intención y su verdad. Vé las cosas, los fenómenos políticos y sociales, los acontecimientos y la acción de los hombres, no con la imaginación, sino con una mirada que ninguna emoción turba, y los aprecia con un conocimiento tan claro, tan exacto y tan anticipado, que su juicio nos infunde fe, y, sin abdicar el propio, nuestra razón asiente con sus ideales.

III

No era un literato ni pretendía serlo; sin embargo, nos ha dejado páginas tan amenas, tan afectivas y tan conceptuosas, que pueden ellas figurar al lado de las de nuestros mejores escritores. Había en su alma una fuente inagotable de sentimiento y de dulzura que derrama, sin preocupar-

se de la forma en que lo hace, pero que llegan á nosotros como los encantos de una melodía lejana. Recorriendo, después de treinta años, lugares que conoció en su juventud, cuando su alma de patriota le llevó á ser soldado para defender su integridad territorial y los honores de su bandera, nos los describe con viveza y amenidad.

«Caía la tarde de uno de esos hermosos días del invierno paraguayo, y llegaba el momento en que la naturaleza se adormece en medio de los esplendores de una puesta de sol tropical. El bosque frondoso llega hasta las márgenes del río cuya corriente iluminan los últimos rayos del sol, cubriéndolos de escamas movedizas, plateadas, rojas, violetas, y en la orilla, donde se recogen á dormir las cigüeñas y los güirapitas, se refleja en el agua la faja verde de variados matices. El claro tierno de los *alisos* se destaca sobre el oscuro del *timbó;* grupos de palmas levantan sus columnas esbeltas y agitan al viento su airoso penacho, trazando aquí y allá una curva caprichosa, los largos tallos de las cañas

se mecen con murmullos cadenciosos; entre los verdes y enormes helechos pone el ceibo su nota roja, y las lianas y enredaderas trepadoras, y las orquídeas salvajes, cubren de tiernas hojas y de flores brillantes y variadas, las ramas y los troncos secos como si quisieran ocultar la presencia de la muerte en medio de tan desbordante cuadro de la vida».

Páginas descriptivas, llenas de armonía y galanura, trazadas por una imaginación que conserva su frescura, su plenitud y su fuerza, dignas de la pluma de Sarmiento ó de Sastre.

Y su pensamiento es límpido, expresivo y afectuoso, remontándose á los ideales que la caridad engendra cuando presta su ayuda á la maternidad desconocida ó desamparada.

«Es el más noble empleo del arte traducir elevados sentimientos en forma ó colores y, con callada é irresistible elocuencia, hablar á las masas ese lenguaje que se escucha con los ojos, mostrándonos grupos armoniosos como éste, en que una mujer joven y hermosa, elevando sus miradas al

cielo y atrayendo á sí tiernos niños desamparados, les dice que del cielo desciende sobre el corazón humano la santa inspiración que la mueve á ofrecer en la tierra alivio á la desgracia, asilo al desvalido, y amor de madre y calor de hogar al huérfano desamparado».

Precioso don de las inteligencias privilegiadas el poder concebir lo sublime, y traducido en conceptos ideales, legarlo como enseñanza.

Tenía también un sentimiento de desprendimiento que ningún egoismo detiene, ni ningún desencanto amortigua; y su consejo, transparente como un cristal, y sabio como un precepto del Evangelio, enseña que los ideales de la vida son las auroras precursoras de los grandes resultados y de los grandes destinos.

«Es necesario, jóvenes amigos, en el camino que vais á recorrer tener un ideal, un propósito, y adoptarlo desde ahora aprovechando toda la pureza de vuestras almas. Una vida pública que se desenvuelve, si no quiere ser juguete de los acontecimientos, de las pasiones de los intereses

encontrados, debe tener su estrella polar».

«Para saber qué camino se ha de seguir, es necesario saber dónde se quiere llegar. El secreto de la energía y el nervio de todas nuestras acciones consiste en eso, pues esa fijeza de objetivo hace imposible las vacilaciones en los momentos decisivos en que van á fijarse rumbos trascendentales».

«No tomeis nunca el aplauso por objetivo ni por guía; el vendrá á su hora si lo mereceis. Hay otra guía más segura dentro de vosotros mismos: vuestra conciencia sana; seguidla siempre y, si es necesario sufrid por ella».

«En los momentos supremos ó difíciles, concentraos dentro de vosotros mismos, procuraos una idea exacta de vuestro deber, y cumplidlo sin vacilar ante ninguna consideración. Procediendo así, vencedores ó vencidos, sereis siempre respetados».

La sabiduría del consejo vá unida á la elegancia; pero nada iguala á los conceptos con que vierte su pensamiento, cuando evocando los hechos del pasado, nos muestra los guerreros desaparecidos, rodeados

de su aureola de grandeza. Es allí donde su elocuencia adquiere los tintes más brillantes. Ama la patria, la siente, y la hace revivir en esos guerreros que nos libertaron con su espada y nos redimieron con su sangre.

No es posible á mi pensamiento tomar su lugar, ni á mi imaginación seguirle en su alto vuelo; tiene claridades que deslumbran: transcribo —

Inaugurando la estatua de Brown: «Nos congrega aquí un acto que consuela y fortalece; vemos la gratitud nacional inclinarse al borde de ese abismo en que el tiempo derrama el torrente inmenso de lo condenado al olvido, recoger piadosa el recuerdo de un hombre, y modelado de nuevo en forma deshecha en polvo presentarla ante las generaciones que no la conocieron para decirles: ¡ahí tenéis al héroe!

En la de Lavalle: «Cuando un nombre se salva del olvido que consume y destruye lo pasado para que abrume la memoria, y sobrevive en el recuerdo popular, es porque encierra en sí algo que explica ó en-

carna las grandes evoluciones que forman la historia de un pueblo».

En la tumba del general Pedernera: «su voz ha enmudecido, pero la fama recoge su nombre y lo inscribe en la página inmortal que recuerda el de los padres de la patria».

«Fruto de su ruda labor, hemos heredado una patria grande y libre, conquistada al precio de sus sacrificios y de su sangre y sobre estas tumbas venimos á reconocer la deuda sagrada».

«Si pagarla fuera posible, las generaciones presentes y las que nos suceden, solo lo conseguirían, si pueden por su esfuerzo ofrecerles, como pedestal inmenso al monumento de su gloria, esta patria que conquistaron, convertida en la nación más grande, más poderosa, y más libre de la América, y acompañada desde lo alto, en el camino de su grandeza, por la bendición de los héroes que orlaron su cuna de laureles».

Y en la del general Frías: «De esa larga vida de fatigas y de gloria, quédanos sólo el recuerdo venerado. No iremos ya á oir

de sus labios de anciano, el relato sencillo de aquellos hechos gigantes que él vió y en los que tuvo noble parte, ni sus anécdotas harán ya revivir para nosotros el cuadro vivo y animado en el que veíamos á aquellos soldados realizar la colosal empresa con vigor inquebrantable en la fatiga, con valor sonriente ante el peligro, con esa sublime confianza de los héroes para quienes no hay tarea superior á su esfuerzo, ni seres que amengüe el inmenso amor que los anima por la patria que formaron».

Para expresar lo bello y lo grande es necesario sentirlo; muy lejos iría si tuviera que seguirle en toda su esplendidez; pero no puedo resistirme á transcribir unos párrafos del discurso en la tumba de Sarmiento:

«Quédale su gloria: ante ella se inclinan todos, y en campos adversos están silenciosas las tiendas, enlutadas las banderas, mientras el tambor bate el fúnebre compás».

«Todos lo hemos visto, todos lo hemos conocido; era la cumbre más elevada de nuestras eminencias americanas; el sol co-

ronaba de luz su sien soberbia y había en sus entrañas agitaciones de volcán. Viviendo en su contacto era difícil medir sus proporciones, y recién al caer el derruido por el tiempo podemos apreciarlas, al ver sus fragmentos cubrir medio siglo de nuestra historia, en la extensión de medio continente».

¿Se quiere una síntesis más completa del pesar que causó la desaparición de uno de los talentos más poderosos de esta América, y un retrato más perfecto y acabado de este genial que fecundizó todos los terrenos con su pensamiento?

La belleza, la fluidez y la armonía con que expresa sus ideas, la ternura y la sensibilidad que revela este espíritu tan lleno de energías, el encanto con que presenta sus reflexiones morales le hacen uno de nuestros más galanos oradores, y si bien no puede decirse de él, como del orador griego, que las abejas del Himeto habían depositado su miel sobre sus labios, puede decirse, que más de una vez tuvo, pendiente de su discurso, la atención de nuestro

pensamiento, la acción de nuestro cerebro y las agitaciones de nuestro corazón.

IV

Mi mirada vá á buscarle en otro centro: mi juicio vá á seguirle en su actuación de hombre político y hombre de estado. Es ésta sin duda, la más saliente, la más fecunda y la más fundamental de su vida pública.

No es posible atribuir acción dilatada al pensamiento de gobierno, cuando ella se circunscribe, únicamente, á resolver los problemas internos, por más que éstos tengan trascendental importancia; sino cuando extendiendo sus concepciones, las traslada más allá de las fronteras internacionales, para buscar en ellas los factores que han de contribuir al engrandecimiento de la patria. La existencia de las naciones no se cuenta por horas, ni su vida depende sólo de su presente: es en la sucesión del

tiempo y en la previsión de sus hombres de Estado que se cumplirá su porvenir.

En el gobierno de ramificación federal, existen principios que lo llevan al desarrollo conjunto de los estados con la Nación, y otros que lo impulsan en sentido paralelo al de las demás naciones. Estas fuerzas y estas nociones que deben marchar en armonía, obedeciendo á un pensamiento definido, no pueden ser olvidadas, ni desconocidas, sin menoscabo de la existencia misma de la Nación.

Estos principios los reconoce, los señala y los compulsa cuando dice: «Todas las naciones tienen una política interna que no es caprichosa; obedece á ciertos antecedentes y tiende á ciertos objetivos, y es indispensable para que una nación marche con acierto y con fijeza al logro de los fines que se propuso».

«Una nación sin política interna ó sin política exterior, vagaría sin rumbo y sin horizonte, guiada por el capricho del hombre, deshaciendo hoy lo que hizo ayer, sin acertar jamás á desenvolver todos sus elementos de progreso y de prosperidad».

La reflexión le surgiere ideas que el tiempo confirmará; así, inaugurando el puerto de la Capital, su pensamiento se expande, vislumbra con las claridades de su talento los acontecimientos futuros; percibe, con la certidumbre de la evidencia, lo que debe realizarse en el horizonte lejano; marca el derrotero que deben seguir, é indica la influencia que ellos ejercerán en el concurso universal.

«El día en que esta obra tan felizmente iniciada se termine, las líneas de hierro que de aquí irradian habrán en distintos rumbos, recorrido la República, atravesando los Andes, cruzando las fronteras de Bolivía y llegado hasta el Paraguay, y la industria y el comercio de toda esta parte del continente americano quedarán vinculadas más sólidamente al comercio universal, por medio de este eslabón que hoy forjamos al construir los diques de este puerto».

«No sé hasta qué punto el sentimiento americano perturba mi juicio y hace que me anticipe al tiempo, pero creo firmemente que el siglo XX, que ya alborea, será el

siglo de América, y ese porvenir previsto nos impone especiales deberes».

«Los que nos acusan en el egoismo del interés alarmado, de marchar demasiado aprisa, es porque no comprenden lo que el porvenir nos exije, y que cuando emprendemos ó inauguramos obras como ésta, cumplimos nuestro deber como pueblo, no sólo para nosotros, sino para los hombres todos, y que obreros de nuestro porvenir, facilitamos una evolución humana que consulte la felicidad de generaciones sinnúmero».

En ese laberinto inmenso, en ese torbellino en que se agitan las pasiones y los intereses, en que la vida lucha por la existencia, y en que en el concierto de las naciones americanas, éstas debaten su supremacía, comprende que el bienestar común sólo se alcanzará por la paz y por el fruto del trabajo americano, traducido en intercambio internacional.

Sus ideas fundamentales de gobierno le llevan á considerar que el desenvolvimiento interno de la nación, debe efectuarse cimentando la más amplia libertad,

dentro del orden constitucional, sin permitir que fuerzas extrañas lo aniquilen, y, en cuanto á sus relaciones exteriores, ellas deben ser francas, consultivas de los intereses generales de la nación, apartando lo que no haga á su derecho, procurando fomentarlas por vinculaciones internacionales que reposen sobre principios permanentes de derecho público, y por todos aquellos que deriven de las necesidades de la vida nacional, ó provengan de las de su comercio, de sus industrias ó de su desarrollo económico.

En su discurso en el H. Senado, en la cuestión de límites con Chile, decía: «Yo creo que en estas cuestiones diplomáticas, la República Argentina no debe optar por una lucha de habilidades, ni pretender un triunfo por la mayor sagacidad de sus estadistas, porque todas las naciones saben defender con igual competencia y decisión lo que creen su interés ó su derecho. La verdad y la franqueza leal y honradamente expresadas, son siempre la norma más segura en las relaciones diplomáticas, y la República Argentina así debe expresarlo

para que se sepa lo que ella considera su derecho, lo que sostendrá en todo tiempo, en toda ocasión y en todo lugar».

En este discurso que trata exclusivamente de política internacional, exponiendo sus ideas con la claridad de su juicio y la reflexión que siempre le acompaña, afirma que los tratados de 1881 y 1893 no son susceptibles de interpretaciones dudosas, y que el único interés que tiene la República Argentina, es el de su fiel cumplimiento. Se revela aquí todo un hombre de estado, con exposición precisa en sus ideas, pensamiento determinado, frase exacta, dándose cuenta de los intereses presentes de la nación y de las proyecciones que ellas deben tener en el futuro; parece un geómetra, abriendo el compás y encerrando dentro de líneas trazadas por la naturaleza y ratificadas por él la extensión que debe tener la República Argentina, demostrando de qué lado están sus propios derechos y alejando del ánimo de sus oyentes, toda duda, por ligera que sea, de que la nación se haya apartado de los principios

de justicia que han informado en todos los tiempos sus relaciones internacinales.

«Basta, dice, mirar su mapa para reconocer cuál es su política internacional».

«Tiene un territorio enorme desde los trópicos hasta las regiones polares; hay en él todos los climas y todos los productos de la tierra, y caben millones y centenares de millones de hombres, que con el tiempo lo poblarán y harán de la República Argentina una de las naciones más grandes y más prósperas de la tierra».

«¿Qué podrá buscar en la guerra? ¿Extensión de territorio? Le sobra. ¿Glorias? En su corta historia tiene las bastantes para satisfacer las más grandes exigencias de amor patrio.

«¿Qué le podrá ofrecer la guerra?

«Le ofrecería solo un puñado de laureles regado con la mejor de su sangre, como compensación á terribles males».

«Esta no puede ser nunca la política argentina».

Estudiando «Los Pactos», su réplica es de una puntualidad y de una exactitud, tan acabada y completa, que sorprende por

lo conceptuosa, por su análisis, por los antecedentes históricos que la informan, por los principios y doctrinas que la sustentan, por el criterio con que los juzga y por el razonamiento diferencial con que distingue la política continental ó americana, de la que responde á los intereses permanentes y fundamentales de nuestro país. Explica la doctrina de Monroe, y la presenta tal como la entienden los pueblos sudamericanos, significando su verdadero alcance, las condiciones con las cuales pueden invocarla las naciones americanas y los límites dentro de los cuales ella puede mantenerse.

La comunidad de raza, de religión, de idioma, de forma de gobierno, no son en su sentir, razones suficientes para mantener la política continental, porque todos estos elementos son simples vínculos de afinidad, que nada permanente pueden fomentar: y porque en medio de intereses materiales y políticos contradictorios, divergentes ó inconexos, solo deben primar las exigencias de engrandecimiento político ó económico, y la variante que esos

pactos establecen en nuestra política del Pacífico, la hace retornar á la de sus intereses bien entendidos, de los cuales no ha debido alejarse.

«No es posible, dice, crear vínculos artificiales entre pueblos que no tienen intercambio comercial; tenemos que vivir en nuestra época, y hoy ese intercambio y los intereses que de él nacen, es lo que informa la política internacional de todas las naciones».

Hoy que el horizonte está despejado, que la paz entre las naciones de Sud América es un hecho real y efectivo, que los pueblos del Pacífico no tienen preocupaciones, ni desconfianzas con relación á los del Atlántico, ni más interés que el de fomentar sus relaciones comerciales, mediante el intercambio y que la acción de éste se hace sentir en todos ellos, quedan justificadas su visión del porvenir y la razón que le asistió para defenderlos.

V

La acción y el pensamiento de un hombre de gobierno debe buscarse en sus lineamientos generales. La acción de detalle es siempre más específica, mientras que la acción de conjunto es más dominante: la primera solo exige un estudio determinado, en tanto que la segunda impone uno comparado: se asemeja á esas ruedas que para ponerlas en movimiento, es necesario conocer el mecanismo y los resortes de los demás.

Las naciones que viven en la pasividad nada producen, ni nada significan; su vida de letargo las convierte en estériles, y están llamadas á desaparecer conjuntamente con su sistema de contemplación. Las industrias piden, hoy, mayor concurso, por que sus necesidades son más apremiantes; el comercio que se mueve en armonía con los progresos creados por la rapidez del

vapor, mayor atención: las exigencias sociales son más imperiosas: las relaciones del capital y del trabajo más complicadas, y todo ese conjunto de problemas dentro de las cuales la vida nacional se desenvuelve, obligan la capacidad y la previsión de los estadistas. En las sociedades modernas no es posible, ya, marchar por tanteos: los principios económicos que las gobiernan, reclaman la acción inmediata y la lejana, de un pensamiento definido en un propósito; pueblos y gobiernos deben concurrir á ello.

Este objetivo fué una de sus preocupaciones constantes; cuando temporariamente desempeñó las funciones ejecutivas, se trazó un vasto plan que abarcaba la moneda, la capacidad de crédito, el sistema financiero y rentístico, y todas aquellas medidas tendientes á despejar una situación económica que se asemejaba á una bancarrota. La obra ha sido lenta y dificultosa; ha tenido sus impugnadores y sus defensores, sus días bonancibles y sus días sombríos, pero ha llegado.

Los que hemos vivido en esa época en

que la atmósfera política estaba caldeada, en que la situación económica del país era desastrosa, en que la riqueza privada y la pública no obedecían, ya, á las leyes económicas, sino que estaban á merced del azar, y en que la estabilidad del gobierno dependía de un acontecimiento y no de su existencia constitucional, podemos juzgar y apreciar la intensidad de esa doble crisis, y la del valor, de la constancia, de los sacrificios y de la previsión con que se supo dominarla.

La historia económica y financiera de este período no ha sido escrita todavía, y cuando deba serlo, habrá que consultar sus discursos sobre unificación y pago de las deudas y conversión de la moneda, como la fuente más autorizada de los antecedentes que deben ilustrarla.

La historia, la filosofía, la economía política, las finanzas, las leyes que rigen al crédito y á la moneda, las ventajas y los inconvenientes del papel moneda, las de las emisiones y las de su restricciones, las de los desastres que el desconocimiento de estas leyes han producido en el

mundo, los principios que rigen la soberanía nacional como facultad para establecer y fijar el valor de la moneda, el desequilibrio que se produce cuando domina el agio y la perplejidad, y perturbación que trae consigo, la experiencia, que al respecto nos presentan las demás naciones, y la misma que se deriva de la nuestra en sus distintas épocas, todo lo estudia su profundo juicio, y lo abarca, lo comprende y lo atrae á sí su gran reflexión para encadenarlo en esas medidas que su meditación tranquila, anhelosa y desinteresada, espera que han de producir el bienestar de la patria.

Es aquí donde se revela, en mi opinión, su figura más saliente como hombre de estado, donde la potencialidad de su inteligencia se destaca más alto, donde es más lógico en su raciocinio, donde va más lejos en sus consecuencias, y donde se ha concentrado todo su pensamiento, para madurar previsiones que deben cumplirse en un próximo porvenir.

Si algunas de ellas fueron erróneas, ó no fueron comprendidas en toda su vir-

tualidad, el estado, hoy floreciente de las industrias, la estabilidad de la riqueza pública y privada, la continuación del Banco Hipotecario en pleno desenvolvimiento, prestando su concurso al crédito inmobiliario, el Banco de la Nación dominando el mercado del crédito y el de los cambios, y avanzando con paso de gigante para llegar á ser uno de los primeros del mundo, y la caja de conversión con cerca de doscientos veinte y tres millones de pesos oro, equilibrando la circulación del papel moneda, son testimonios elocuentes de que su iniciativa y él apoyo decidido que prestó á medidas que debían sanear el crédito del país, fueron verdaderas concepciones de hombre de estado.

VI

En las sociedades humanas que se forman por aglomeración, y en las nacionalidades que lo son, por cosmopolitismo,

existe siempre el peligro de la desaparición del carácter primitivo, del que proviene de la nacionalidad originaria. Es esto lo que nos está sucediendo; las energías ciudadanas no se ejercitan porque están absorvidas por tendencias mercantilistas, que, alejando la acción del ciudadano, deja solo la del indiferente: inmensa ola que avanza, pretendiendo envolvernos en su corriente y aplastarnos con su masa.

La inmigración nos trae su capacidad física y su capacidad intelectual; contribuye con estos elementos al desenvolvimiento de la Nación. Las fuerzas físicas se esparcen para laborar nuestras tierras y convertirlas en prados de riquezas innumerables, y las intelectuales se constituyen en dirigentes en nuestras universidades. Esa enorme masa de hombres que se vuelca en nuestro país, trae como preocupaciones la de amortiguar sus necesidades y la de acumular riquezas. La energía de su pensamiento se detiene aquí; encuentra facilidades para su trabajo y compensación para sus sacrificios; nada más distrae su atención, porque para obtener éxito no

necesita del ejercicio de su capacidad política. Nuestra población ingertada en este patrón, sigue, insensiblemente, la corriente.

Esta inercia política si continúa, es un peligro real, y sus consecuencias serán irreparables. ¿Quien será el espíritu superior que pueda, mañana, mover esas masas que el sentimiento del egoismo ha mantenido en la inacción? ¿Cuál será la voz poderosa que se haga oir y cuyos ecos no se pierdan en el vacío ó en la indiferencia?

¿Cómo contendremos esta acción latente y demoledora...? Siguiendo la senda que indicó con su palabra y determinó con su acción,

Su pensamiento que se había bifurcado, buscando solucionar los problemas económicos y sintetizar los de orden social, quiere resolver los de carácter institucional, pero, pretende hacerlo dentro de las leyes y de la libertad, porque no comprende la existencia de un derecho desconocido, sin límites, sin deberes, sin responsabilidades en una sociedad organizada, imperando únicamente por la fuerza físi-

ca y determinando, por ella sola, la consistencia y eficacia del gobierno republicano.

«La historia política de este pueblo, como la de muchos pueblos americanos, nos dice, que hace ochenta años viene buscándose, por medio de la revolución y de la violencia, y el triunfo de los principios y el imperio de las instituciones y de las leyes, sin haber aprendido que la revolución y la violencia es la negación radical de todo lo que son instituciones, principios y gobierno libre.»

«Queda solo como suprema y fundamental tarea, la reforma de nuestra vida política: hay que remover todos los escombros y reconstruir nuestro sistema institucional, devolver á las provincias su autonomía política, y al pueblo su libertad electoral, y esta no es tarea de un día ni de un año: no será nunca obra de espasmos convulsivos, ni de manifestaciones aisladas: tiene que ser la obra de la energía, de la virilidad y de la constancia, porque el exámen retrospectivo nos demuestra en forma palpable, que si ha sido enorme

nuestro progreso material, ha sido igualmente enorme nuestro retroceso político.»

Su actuación anterior había sido general, múltiple, ahora quería concretarla. Estas reflexiones indican la extensión de su pensamiento político, y cuál va á ser su nueva orientación.

Iba á volver á esa acción que tan bien venía á su temperamento y á su carácter. Había que verlo en ella, dando solución á todas las dificultades, infundiendo confianza, levantando el espíritu público, fortaleciendo las opiniones, descartando los inconvenientes, convenciendo á los hombres de pensamiento, y proclamando á la masa del pueblo, que nada es perdurable en el gobierno de las naciones, sino aquello que proviene de la evolución pacífica del derecho de ciudadano.

Como se acentuaba, entonces, esa figura que necesitaba de un teatro como ese para destacarse en toda su plenitud; que cuando las pasiones políticas querían convulsionarlo todo, cuando ellas parecían iban á sepultarnos en el abismo del desgobierno.

tomaba la dirección, y como hábil piloto, nos llevaba á puerto seguro.

¿Qué no habría producido esta inteligencia en su madurez, ayudada por la experiencia, que le hizo comprender los errores y á cuales, con su fecundidad, pretendía remediar?

Su última actuación política está muy próxima: me voy á referir á una más lejana: aquella en que los acontecimientos políticos hicieron salir de quicio al gobierno general: en que la confusión había invadido hasta los espíritus más equilibrados, y en la cual las pasiones políticas, ofuscando los esplendores de la razón, parecían encender el fuego que debía abrazarnos. Surge con toda la suficiencia de su inteligencia y la frialdad de su juicio, para encarrilar la que había abandonado su centro de gravedad.

Había que verle presidiendo una reunión política en que veinte mil personas proclaman su nombre, jugando su personalidad, sabiendo, de antemano, los resultados finales y procurando un compás de espera que debía salvar los principios

de orden y de gobierno. Es allí que revela su fuerza de atleta de la acción, del desinterés y del pensamiento, y entonces se explica el poder de esa inteligencia tan dominadora por razón misma de su fuerza.

Las democracias no subsisten sin estas manifestaciones, sin partidos que acepten sus principios, y sin estos hombres que agitando el espíritu público, las sustraiga de la inercia política y les haga comprender la virtud del deber del ciudadano y los beneficios del gobierno libre.

¿Porqué estas figuras varoniles se van tan pronto, llevándonos con su pensamiento y su acción hasta el último destello de altivez por la liberlad?

Su acción política dirigente y su vida ciudadana recuerda la de los caudillos que Lord Byrón reclamaba para los pueblos cuando decía

Whilde the Tree
Of freedomis whithlered trunk puts
forth a leaf
Even for thy tomb a garlan let
it be
The forum's champion and the people's
chief

Las democracias son una fuerza, pero necesitan ser movidas por un pensamiento.

Si fuéramos á estudiar su vida pública en todos sus detalles, encontraríamos defectos y errores, que él mismo reconoció cuando decía: «que la justicia histórica tomará en el globo los resultados, pues en la fatal alternativa de aciertos y de errores de toda acción humana, es el saldo favorable ó adverso que establece su eficacia é ineficacia».

¿Cuál sería el hombre público, que juzgado fuera de este criterio, mantuviera su prestigio? En los designios de la alta sabiduría, ha sido escrito que el hombre debía errar para que comprendiera la contingencia de su juicio y tratara de acercarse á la perfección.

El balance final le es favorable: poseía el buen sentido político que le hizo ver las necesidades presentes y las permanentes del país; cuando reconoció la verdad su caracter la impulsó y la cumplió.

Estimuló y fomentó la grandeza de la Nación, impulsando la estabilidad de su crédito y el desarrollo de sus industrias.

Supo mantenerse en la cima de los principios constituyentes y en la acción que los deliberó y puso en práctica, y coronando su obra, supo armonizar el orden con la libertad y mantener los prestigios de la unión nacional.

Pronto se levantará su estatua; mientras llega ese momento de justicia distributiva, tomo sus palabras, pronunciadas ante la estatua de esa otra alma pura y altiva que cruzó la América y repito:

«Cuando un nombre se salva del olvido que consume y destruye lo pasado para que no abrume la memoria y sobrevive en el recuerdo popular, es porque encierra en sí algo que se explica ó encarna las grandes evoluciones que forman la historia de un pueblo».

El mejor elogio de los hombres públicos está en la conformidad de sus actos con sus obras.

Diciembre 19 de 1912.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
PQC
0000615

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 01 13 01 004 8